

ENCUENTRO CON VICENTE ALEIXANDRE (1940)

Cada momento de la Historia tiene personas que la representen. La literatura, la poesía singularmente, tuvo siempre las suyas. Si hasta 1936 era Juan Ramón Jiménez el padre de la llamada generación de 1927, a partir de 1939 fue Vicente Aleixandre el padre de las nuevas generaciones españolas entregadas a la lírica.

Nada importaba que su obra publicada anteriormente tuviera que dormir en los almacenes de la Editorial Espasa Calpe para que los jóvenes, con su certero instinto orientador, no aprendieran muy pronto el camino de la casa de Vicente Aleixandre.

Sin detenerme a pormenorizar el motivo por el cual me fue posible, yo misma, en la revista creada y dirigida por don Juan Aparicio, *El Español*, conseguí publicar el primer artículo (no recogido en su bibliografía, por cierto) sobre el poeta de la calle *Velintonia, número 3*, con un retrato que le hice, entre otros muchos, en su jardín.

Asimismo tuve la feliz oportunidad de poder publicar la segunda edición de *La destrucción o el amor* (Premio Nacional 1934) en la colección *Vida y Poesía*, de la Editorial Alhambra, de Madrid, en 1945. La inteligente comprensión de sus mentores (destaco los nombres de Emilia y Benito Montuenga) hizo posible, con entusiasmo, que la inauguración de la colección citada que dirigía yo fuera con el preclaro nombre de Vicente Aleixandre. El cual, a modo de prólogo, incluyó su «confidencia literaria», publicada en las *Entregas de Poesía*, que dirigía Juan Ramón Masoliver en Barcelona, con fecha 1944. Al final del libro iba una *Nota de la edición*: «De este libro se ha retirado, para la presente edición, el poema "Cada cosa, cada cosa", que será reintegrado en su día al anterior libro del autor de *Espadas como labios*, al que virtualmente pertenece, habiéndose incluido en su lugar el poema inédito "Triunfo del amor".»

En el folletito de propaganda editorial se recogieron «algunas palabras sobre Vicente», firmadas por Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez, Juan Ruiz Peña y Eugenio de Nora. Las precedían las que transcribimos: «La resonancia que en el ámbito actual

de nuestras letras ha logrado el último libro de Vicente Aleixandre, *Sombra del paraíso*, señalado por nuestro primer crítico literario Dámaso Alonso como "la cima de la poesía española contemporánea", no debe hacernos olvidar que fue *La destrucción o el amor* el libro que consagró definitivamente a Vicente Aleixandre como poeta y le situó en la primera línea de nuestra lírica. A este libro le fue otorgado el primer Premio Nacional de Literatura de 1934. Editado en 1935, su primera tirada se agotó en poco tiempo y desde hace unos años resultaba imposible encontrar ningún ejemplar. Desde entonces ha ido creciendo la demanda, y a satisfacer ésta y la sentida necesidad consiguiente acude hoy la *Editorial Alhambra* con una nueva edición de *La destrucción o el amor*, que hará llegar a todos los lectores este libro capital, recibido al aparecer por el ilustre crítico antes mencionado, "como uno de los libros más genuinos, más fieles a la entraña eterna de la poesía, así como uno de los más ricos y traspasados de universal pasión que ha producido la literatura española en estos últimos años" (*Revista de Occidente*, 1935). Libro, además, de especial significación por la decisiva influencia que ha venido ejerciendo en un extenso sector de la juventud poética actual. Con esta obra inaugura Editorial Alhambra su nueva colección Poesía y Vida.»

«Poesía y Vida es una colección cuyo espíritu se anima con el más absoluto amor a las formas imperecederas de la lírica. Y así, cuantos libros expresen con fidelidad la verdad de su tiempo, vendrán a nuestra colección para permanecer y atestiguar ante los hombres que en ellos se contiene lo más noble del mundo: el aliento eterno y divino, inmarchitable, de la poesía.»

Conocía a Vicente por el «Retrato» que Juan Ramón Jiménez le dedicó, y aparece también en su libro *Españoles de tres mundos*, por referencias de comunes amigos y por muchos de sus poemas, naturalmente. El hecho de vivir nosotros, Antonio y yo, en Cartagena y visitar Madrid por pocos días casi siempre fue la causa de no ver a Vicente personalmente.

Fue en 1940 exactamente cuando le conocí de verdad. El matrimonio Cayetano Alcázar y Amanda Junquera me tenían *invitada*, desde el final de la guerra, en su casa. Cayetano era amigo de toda la vida de Vicente, y al restaurar éste su casa y dejar libre el piso segundo, que ya no necesitaban él ni Conchita, su hermana, se lo ofrecieron a Cayetano. Y allí, después de mi larga estancia en El Escorial, fui a vivir con mis más queridos amigos. Vecinos ya, conocí en persona al poeta. Las terrazas de Velintonia, 5, se abren sobre el jardín de los Aleixandre, y el día que hablé por vez primera con Vicente constituyó para mí un acontecimiento inolvidable. Vicente contaba enton-

ces cuarenta y dos años; alto, distinguido, con ojos azules preciosos, cálida voz y gratas maneras. Enlutado por la muerte reciente de su padre, cordial y acogedor—y esto bien lo saben las generaciones jóvenes que pasaron por su casa—, representaba para nosotros lo mejor y hermoso de la poesía, tanto por su obra como por su persona.

Durante bastante tiempo nos vimos con gran frecuencia. Bajábamos Amanda y yo a charlar con él, o subía él a nuestra casa. Yo viví con los Alcázar en Velintonia, 5, hasta el año 1945, en que, reunidos los que formábamos una pequeña familia, en Goya, 6, hube de irme hasta que, al cabo de largos años, desaparecidos desdichadamente los míos, he vuelto a ocupar mi habitación en ya la calle Vicente Aleixandre por el tiempo que el destino disponga.

Traía yo de El Escorial infinidad de poemas y prosas, que le fui enseñando a Vicente. La mayor parte de las veces le oíamos a él leernos los que un día serían componentes de *Sombra del paraíso* y de otros libros posteriores. Eran tardes magníficas. Todo se quedaba tan lejos, que parecía imposible admitir que hubiera otra vida más allá de la Poesía. Las inquietudes, las preocupaciones, se evaporaban oyéndole.

Mi libro *Mujer sin Edén*, publicado en 1947, ya estaba en marcha y los que cuenta *Ansia de la Gracia*—una antología de ellos la edité por mi cuenta con el título *Pasión del Verbo*—eran una realidad. Los traía esbozados desde El Escorial y fueron cuajándose en Velintonia y decidiéndose en Goya, 6.

Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre mantenían el edificio, limpio y desinteresado en sus ejes humanos, de la Poesía heredada de los años anteriores a 1936. Un trabajo fervoroso de ambos, conscientes de la necesidad que de él se tenía en la posguerra, logró ser el firme puente indestructible entre el pasado y el presente: por debajo corrían aguas oscuras, amenazadoras, que urgía salvar.

Dos poetas serenos, con juicios clarividentes, abrieron puerto de paz y de esperanza a los que llegábamos heridos y a los que era preciso librar de la angustia.

Cuando yo reaparecí en las letras españolas, un escritor que se firmaba «Andrenio» en la revista *Destino*, de Barcelona, tuvo la gentileza de escribir un artículo titulado «Velintonia, 3; Velintonia, 5», comentando algo escrito por mí. Fueron años decisivos para todos y en ellos no nos abandonó jamás la poesía propia y ajena.

La poesía de Vicente Aleixandre es oceánica:

*océano absoluto que soy cuando, dormido,
irradio verde o fría una ardiente pregunta... (1).*

(1) P. 119 de la 2.^a edic. de *La destrucción o el amor*.

Abarca tres partes del mundo. La cuarta, si es que pertenece a una extensión menos entregada a la naturaleza, sin serle imposible, la deja fuera de su obra. Naturaleza total, abarcativamente naturaleza. Más que el ser humano anecdóticamente, los elementos con toda su avasalladora presencia.

Vicente-hombre no es ajeno a ninguna contingencia humana. Vicente-poeta la hunde en su oceánico estro y la con-funde con el Universo que brama o puebla suavemente su impresionante creación poética.

*¿Quién dijo acaso que la mar suspira,
labio de amor hacia las playas, triste?
... ..
Dejad que envuelta por la luz campee...
... ..
Allá, reverberando,
sin tiempo, el mar existe (2).*

Vicente Aleixandre es «un pecho robusto que reposa atravesado por el mar», indiscutiblemente (3).

Consciente de su plenitud, la irradia:

*Amigos, no preguntéis a la gozosa mañana
por qué el sol intangible da su fuerza a los hombres.
... ..
¡Ah! amigos, arrojad lejos, sin mirar los artefactos tristes,
tristes ropas, palabras, palos ciegos, metales,
y desnudos de majestad y pureza frente al grito del mundo,
lanzad el cuerpo al abismo de la mar, de la luz, de la dicha inviolada,
mientras el universo, ascua pura y final, se consume (4).*

Cité, y hartos experimentada está, su cordialidad acogedora:

*... Porque yo nací entero cada día, entero y tierno siempre,
y débil y gozoso cada día hallé naciendo
la hierba misma intacta: pisé leve, estrené brisas,
henchí también mi seno, y miré el mundo
y lo vi bueno... (5).*

En ese hermoso poema ofrecido a su padre, y en el cual hay resonancia bíblica, el poeta testimonia su entrega a la aceptación de todo lo creado. Y en su poema «Al Hombre», dice:

*¿Por qué protestas, hijo de la luz,
humano transitorio que en la tierra,
redimes por un instante tu materia sin vida?
... ..*

(2) P. 136 de *Sombra del paraíso*.

(3) P. 13. *Ib.*

(4) Pp. 123-125. *Ibidem*.

(5) P. 159. *Ib.*

*Hete aquí luminoso, juvenil, perennal a los aires.
Tu planta pisa el barro de que ya eres distinto.
... ..
Regresa tú, mortal, humilde, pura arcilla apagada
a tu certera patria que tu pie sometía.
He aquí la inmensa madre que de ti no es distinta.
Y, barro tú en el barro, totalmente perdura (6).*

Es evidente en todo momento que la certidumbre del poeta es la tierra, y su generosa entrega a la humanidad forma parte de su total participación con la tierra.

Anteriormente, en su poema «Corazón negro», había dicho:

*Corazón negro.
Enigma o sangre de otras vidas pasadas,
suprema interrogación que ante los ojos me habla,
signo que no comprendo a la luz de la luna.
... ..
Triste historia de un cuerpo que existe como existe un planeta (7).*

Y no obstante, a pesar de su escaso empleo de las palabras exaltantes de la divinidad, en su «Mar en la tierra», el poeta asegura que

*el que nació para un agua divina,
para ese mar inmenso que yace sobre el polvo (8).*

Porque el poeta, sabedor de su humano amasijo terrenal, cree que nació para un agua divina, y en esa agua está palpitante el Creador. Lo inevitable, lo que nos decide terminalmente, aparece en su hermoso poema «La muerte»:

*¡Ah! eres tú, eres tú, eterno nombre sin fecha,
bravía lucha del mar con la sed,
cantil todo de agua que amenaza hundirte
sobre mi forma lisa, lámina sin recuerdo.
... ..*

Proclama, con toda su juventud (tenía treinta y siete años), su voluntaria identificación fatal con la tierra y el mar:

*Muerte como el puñado de arena,
como el agua que en el hoyo queda solitaria,
como la gaviota que en medio de la noche
tiene un color de sangre sobre el mar que no existe (9).*

(6) Pp. 163-164. *Ib.*

(7) P. 98, 2.^a edic. *La destrucción...*

(8) P. 132. *Ib.*

(9) Pp. 176-78. *Ib.*

¿Qué mar es el que no existe y conocía él cuando cantaba el mar verdadero del planeta en que nació? Del mar *terrenal* dijo en su poema «La mina»:

*Calla, calla. No soy el mar, no soy el cielo,
ni tampoco soy el mundo en que tú vives.
Soy el calor que sin nombre avanza sobre las piedras frías...*

Si él no es el mar, pero *sí nacido para un agua divina*, cuando imaginaba su «Después de la muerte», otra vez, ¡cuantísimas veces radiantes en su poesía!, el mar contiene «esas aguas espesas que labios negros ya borran de lo distinto» (10).

En toda nuestra poesía, especialmente de posguerra, no hubo un ser tan complejo, tan lleno de valores y de riquezas intelectuales, como Vicente Aleixandre. Existe, invisible casi, un forcejeo —la palabra resulta excesiva— entre la *terraneidad* y la *divinidad* en su obra. El poeta actúa con voces creadoras desentrañadas de estados espirituales casi siempre; cuando despliega los fabulosos mantos de su creatividad, ¿puede ser solamente terrenal? Poeta dotado de una fuerza transformadora capaz de realizar las más lúcidas simbiosis, eso es Vicente Aleixandre.

Lejos, sí, de la torturante indagación que somete Juan Ramón Jiménez a su supernormal conciencia. Afirmativo y lleno de pasión de la tierra, Vicente alza en los tremendos años que siguen a 1939 una sólida presencia humana irradiando cordialidad y apoyo, gozo de la aceptada existencia, en sus fáciles y duras experiencias, constituyendo de tal modo positivo el puerto acogedor de una juventud vibrante y desacomodada entre lo pasado y lo presente en ascuas.

La exclamación alegre, el ánimo consejero, la luz que abre caminos entre el espesor de sombras inquietantes o amenazadoras; puerta amiga su casa para los itinerantes de provincias y los de la capital, la juventud iba dejando de ser anónima para confluír al *Río Nilo* (como le llamara Dámaso Alonso en un poema) de Velintonia, 3.

«El Silencioso» (Julio Trenas) que firmaba sus crónicas literarias en *El Español*, humorísticamente resaltaba en cierta ocasión la numerosidad de poetas en ciernes y hechos que frecuentaba la noble hospitalidad de Aleixandre.

El Premio Nobel fue siempre tardío para los escritores españoles. Años y más años entre los consagrados por él. Si a Juan Ramón Jiménez se le otorgó tan merecidamente por una poesía pura antes y después de su exilio, al concedérsele en 1977 a Vicente Aleixandre se premiaba una poesía cósmica, telúrica, del poeta que vivió sin

(10) Pp. 46 y 36 de *ib.*

moverse de su patria, un exilio interior. Nada aumenta ni disminuye una obra al hacerla aquí o allá, pero en ambos Nobeles la patria está expresa e implícita con idéntica entrega y verdadero amor.

Si en Juan Ramón Jiménez asoma, entre su grandeza, la vena burlona, irónica y hasta despiadada cuando de algunas personas se trataba, en Vicente Aleixandre, jamás. Un talante sereno, imparcial y justo aureola su personalidad. En el impetuoso avance de sus versos no aparece ninguna persona maltratada, o sonriente, o en serio. Ambos Nobeles son dos polos opuestos que confluyen en el privilegio creativo y en la inviolabilidad de su hacer. Lírico en el uno, lírico humano en el otro.

Y ambos marcan dos grandes épocas literarias. Vicente, como los demás de su generación, parte de la primera (Juan Ramón Jiménez) y abre la suya propia; 1936 y 1939 son dos hitos de suma trascendencia poética. Juan Ramón Jiménez ve pronto la guerra desde sus dolorosas lejanías. Aleixandre, enfermo, no apoyó su poder irse en su dolencia: se quedó aquí. Aceptó dignamente guerra y posguerra, consciente de que la creación lírica no tiene por qué «evadirse de su tiempo», pues la Poesía es universal y nos pertenece dondequiera que estemos y la hagamos. No existen buenas razones para dejar de crearla porque ocurra esto o aquello en el mundo, si éste nada tiene que ver con la Poesía. El dolor de Juan Ramón Jiménez yendo de una nación a otra penando por no oír «su español», lejos por fuerza de sus circunstancias de su España viva y sangrante, tiene tanta densidad como el de los poetas, Vicente, Dámaso, que se quedaron para que no se interrumpiera —y así lo consiguieron!— la feraz corriente divina de nuestro lirismo más entrañable y responsable.

En él se clavan, naturalmente, las preocupaciones humanas y sociales que el tiempo impone. Uno las manifiesta como podía y quiso desde su distancia, física solamente. Otros, trabajando profundamente en su visión de las circunstancias, hacen posible y asequible obra austera en ocasiones y arrolladora en otras. A Vicente Aleixandre le esperaba la misma culminación universal que a Juan Ramón Jiménez.

Era una tentación harto comprensible la de buscar la evasión que pudiera aliviar las tensiones de los malos años, pero no era ése el destino del poeta arraigado en una actitud solidaria. Lejos aún de las posibilidades, con riesgos de una literatura denunciadora o enigmática para los indiferentes, se protegía el «hueso» de la obra. Como Vicente. Como Dámaso, al fin, con sus *Hijos de la ira*, trágico alarido de disconformidad y desesperación impotente. El lector de estos poetas se sintió sacudido por aquellas vastas dimensiones de sus contemporáneos. En ellas hermanábanse lo telúrico con lo humano, lo

cósmico con, ¡ay!, cierta desesperanza... Todo fue acusación valerosa que se volcó a la Poesía dramáticamente, poniendo en ella sangre hecha espíritu.

Los historiadores que se tomen en serio su menester, harán posible el estudio a fondo y sin prejuicios de aquel período de posguerras española y universal, para poder valorar lo hecho por los poetas que se quedaron en su sitio patrio. Y cómo supieron sobreponerse a las miserias propias y ajenas, trabajando en la decantación creadora. ¡Cuánta pasión y vigorosa fe puestas a contribución!

Cuando llegó a los lectores *Hijos de la ira*, gran sobresalto para los «evadidos» del presente y los inquisidores del mismo. Nada más auténtico y hermoso que este libro-trallazo, este libro-llanto-represión estallada, que *Hijos de la ira*. Dámaso Alonso, con él conviví la guerra y fui alumna suya en la Universidad de Valencia, es un gran español que decidió vivir bajo el poder de los vencedores sin renunciar a su propia personalidad austera. Había que quedarse aquí, alguien o varios muchos, que mantuvieron viva la lumbre, por mínima que pudiese aparecer, que constituyera lumbre heredable para los que vinieren. Leña, sí, leña, quisieron ser y lo fueron sin quedarse jamás en cenizas.

De *Nacimiento último* (1953), de Vicente Aleixandre, escribió en *ABC* (12 de julio) Melchor Fernández Almagro que «era un puente que deja atrás la orilla fulgurante y edénica de *Sombra del paraíso* (1944), y que nos lleva, en visible contraste, a un mundo oscuro, de profundidad misteriosa, sin ese resplandor verbal y gozosos conceptos que, en tan gran parte, caracterizan la poesía de Vicente Aleixandre. Mucha tierra ensombrecida, poco de cielo diáfano...». Antes, advertía el ilustre amigo y gran crítico, que los poemas de este libro «están escritos entre la terminación de *Sombra del paraíso* y el comienzo de *Historia del corazón*».

Fernández Almagro vio en este libro que «el hombre que alienta en el poeta se mira hacia la entraña de su realidad corporal y se siente vivir, tierra adentro, en la vida tremenda de sus restos mortales»:

*El muerto alienta. Terco
el cuerpo permanece. Hermosa vida
sobrevivida vida que reúne
pájaros pertinaces, hojas claras
y luz, luz fija para el térreo labio... (11).*

Fernández Almagro advertía también: «Véase cómo el poeta asciende de la "tierra unitaria" a la fe y a la esperanza, impulsado por una especie de panteísmo poético que no es, en el fondo, sino una

(11) P. 19 de *Nacimiento último*.

lirica versión del ascetismo cristiano que impone a la mentalidad del poeta puntos de reflexión como a su lenguaje.»

Anteriormente señaló que el comienzo, antes citado, de uno de los poemas de *Nacimiento último* («El enterrado») acabará haciéndonos ver que nada hay de común entre la emoción decadente de la carroña y una afirmación vital por la que se espiritualizan incluso los despojos del ser vivo, con ansias de eternidad:

*Bajo la tierra duermo
como otra raíz de ese árbol que a solas en mí nutro.
No pesas, árbol poderoso y terrible, que emerges a los aires,
que de mi pecho naces con un verdor urgente
para asomar y abrirte en rientes ramajes
donde una ave ahora canta, vivaz, sobre mi pecho.*
.....
*No soy memoria, amigos, ni olvido. Alegre subo,
ligero, rumoroso, por un tronco a la vida.
Amigos, olvidadme. Mi copa canta siempre,
ligera, en el espacio, bajo un cielo continuo (12).*

Tan hermosísimo poema termina así:

*Hombre que, muerto o vivo, vida hallares
respirando la tierra. Solo, puro,
quebrantados tus límites, estallas,
resucitas. ¡Ya tierra, tierra hermosa!
Hombre: tierra perenne, gloria, vida (12).*

Del mismo libro, «Los amantes enterrados», idéntica aspiración terrenal:

*¡Oh libertad! Aquí oscuramente apretados,
bajo la tierra, revueltos con las demás raíces
vivimos, sobrevivimos, muertos ahogados, nunca libres... (13).*

Y en otro poema («Cantad, pájaros»):

.....
*Cantad por mí, pájaros que nacéis cada día
y en vuestro grito expresáis la inocencia
del mundo. Cantad, cantad, y elevaos con el alma
que me arrancáis, y no vuelva a la tierra (14).*

Aquí aparece el hombre que pide que su alma no vuelva a la tierra, no el que dice creerse tierra en la Tierra para tierra nuevamente. En su jardín, oyendo los pájaros, su alma se eleva hasta desasirse

(12) Pp. 20-21 de *Nacimiento último*.

(13) P. 23. *Ib.*

(14) P. 31. *Ib.*

totalmente de lo perecedero en continua transformación para lograr su propia inmortalidad como materia. Un momento más y nuestro poeta perderá la noción del tiempo (como el Monje Virila) y vivirá su vertiginosidad que bien puede ser la de la materia ascendiendo a su alma.

El «Cántico amante para después de mi muerte» es el resumen, la condensación de todo el libro. Un canto a la Vida, la ligera Diosa en la cual confluyen todos los resplandores del mundo:

Ah, cuán poco duraste, tú eterna, para mis ojos pasajeros...

Terminando con estos versos en los que se repite la más destacada constante en la poesía de Vicente:

*... Vida entera de amor que acabó porque he muerto,
mientras tú resplandeces inmarchita a los hombres! (15).*

Ante *Poemas de la consumación* (1968), una de las críticas dedicadas a él termina diciendo: «Y en este panorama, un gran vacío: el vacío de la Esperanza.»

Aludiendo a *la metafísica* del mismo libro, se preguntaba el ilustre crítico: «¿Persiste este doble juego temático, esta ecuación "yo-mundo" en el último libro de Aleixandre? Sí; pero enriquecido en profundidad. Ahora la composición mental gira en torno de la oposición vida-muerte; o, si queremos, tiempo-consumación. La poesía gana en trascendencia.»

¿Acaso la trascendencia del tema fundamental no contiene, incluye la esperanza de seguir siendo? ¿No hay que poner un nombre determinado a la que es, aunque implícita, esperanza, si las palabras la evidencian porque son creadoras? Alma. Dios. Espíritu... Son la Unidad absoluta de la Creación, del Hombre, de su obra que canta vehementemente la obra creadora de Dios, en suma.

¿En qué consiste la esperanza cuando de poesía se trata? ¿No lo es por sí misma? El afán de simbiosis con la tierra, con la naturaleza, ¿no es una esperanza de continuidad más allá...? Repetiré unas hermosas palabras que le oí un día a la viuda del escritor Gabriel Miró: «Los poetas, cuando escriben, hablan con Dios.»

Poemas de la consumación se publicó cuando el poeta contaba setenta años. ¡Se anticipó mucho en demostrar la veracidad del título!

«Las palabras del poeta», introducción a la obra, afirman que:

*Todo es noche profunda.
Morir es olvidar palabras, resortes, vidrio, nubes,
para atenerse a un orden
invisible de día, pero cierto en la noche del gran abismo.*

(15) Pp. 107-108. *Ib.*

*Allí la tierra, estricta,
no permite otro amor que el centro entero.
Ni otro beso que serle.
Ni otro amor que el amor que, ahogado, irradia (16).*

En «Como Moisés es el Viejo», el poeta sigue afirmándose en lo que denominó *el centro entero*, si bien ahora le llama *la luz*:

*... rotos los textos en la tierra, ardidos
los cabellos, quemados los oídos por las palabras terribles,
y aun aliento en los ojos, y en el pulmón la llama,
y en la boca la luz... (17).*

Entiendo que en todas sus palabras no decae la esperanza. A pesar de que en «Rostro final» piensa:

... y allí entre hierros vemos la mentira final. La ya no vida (18).

La ya no vida terrestre, la otra es el centro eterno. es en la boca la luz.

Indiscutible el escepticismo que abunda en el libro que citamos:

*Unas pocas palabras
en tu oído diría. Poca es la fe de un hombre incierto.
Vivir mucho es oscuro, y de pronto saber no es conocerse (19).*

El poema «Ayer» asegura que «Ignorar es vivir. Saber, morir» (20). ¿No es también cierto? La comprobación no significa desesperanza. No puedo admitir la desesperanza en el hombre que, enfermo desde muy joven, ha podido crear una obra tan profunda y trascendente:

*Tu nombre,
pues lo tienes. Toda mi vida ha sido eso:
un nombre. Porque lo sé no existo.
Un nombre respirado no es un beso.
Un nombre perseguido sobre un labio
no es el mundo, pero su sueño a ciegas.
Así bajo la tierra, respiré la tierra.
Sobre tu cuerpo respiré la luz.
Dentro de ti nací: por eso he muerto (21).*

No me inquietan los libros que explican, desmenuzan, clasifican la Poesía. Me parece algo semejante al desmembramiento de los

(16) P. 12. *Ib.*

(17) P. 19.

(18) P. 23.

(19) P. 33. *Ib.*

(20) P. 88.

(21) P. 100.

santos para hacer relicarios. Leo, siento y me acerco a libros de categoría, como los que me ocupan ahora no sólo con respeto y devoción, sino con el afán de comprenderlos sin presiones de juicios ajenos... más o menos pretenciosos. Por esta razón, que significa pobreza crítica al uso, no he leído nada—salvo las dos reseñas que transcribí anteriormente—sobre mi admirado poeta y querido amigo Vicente Aleixandre. Prefiero leerle a él directamente.

Mundo a solas (1934-1936) sucede cronológicamente en creación a *La destrucción o el amor*, creo. Su poema inicial es una afirmación: «No existe el hombre», y comienza diciendo que sólo la luna sospecha la verdad, «y es que el hombre no existe». Al final:

*... Pero el hombre no existe.
Nunca ha existido, nunca.
Pero el hombre no vive, como no vive el día* (22).

La pavorosa afirmación lleva a pensar: ¿acepta el poeta la gran interrogación de «¿sueño la vida o la vida sueña conmigo...?». O, dentro de una época exterminante, ¿se conduce con el hombre, cuya existencia importa tan poquísimos? Ocurre a veces que, como el poeta es una criatura tan sensible, presente lo que muchísimos otros no.

Sentí diariamente que la vida es muerte... (23).

Un ser consumido por su fervor místico cree lo mismo: morir es nacer a la verdadera vida.

*Pero no morí nunca. No se muere. Se muere...
Se muere sobre un aire, sobre un hombro no amante.
Sobre una tierra indiferente para los mismos besos* (24).

Amor, muerte, tierra, son las constantes aleixandrinas. Mas su fusión con la tierra le revela siempre que

Bajo la tierra se vive... (25).

Hubo un instante de gloriosa afirmación cuando el poeta dice:

... Yo sé que existe un cielo. Acaso un Dios que sueña (26).

En ese «caso», si no aparece seguridad rotunda, sí la esperanza tímidamente, invisible óleo dulcificando las heridas abiertas. Pero más tarde su poema «Nadie» ya es una trágica actitud:

(22) P. 154.

(23) P. 155.

(24) *Ib.*

(25) P. 157. *Ib.*

(26) *Ib.*

*... un hombre brilla o rueda, un hombre yace o se yergue,
un hombre siente su pesada cabeza como azul enturbiado,
sus lágrimas ausentes como fuego rutilante,
y contempla los cielos como su mismo rostro,
como su sola altura que una palabra rechaza:
Nadie (27).*

Verdad que en su poema «Moisés es el viejo», el poeta ha declamado: «Poca es la fe de un hombre incierto.» Sin embargo, ante la Tierra Tierra no lo es; de ella y en ella tiene compacta certidumbre:

Un poeta no es sólo sus versos...

afirmará en su «Historia de la Literatura», p. 304 del libro *En un vasto dominio* (v. «Antología de Vicente Aleixandre», por Pere Gimferrer). Y también en su poema «Materia única» (pp. 320-22, *ib.*) dice:

*Ardiendo la materia
sin consunción desborda
el tiempo, y de él se abrasa.*

.....
*Todo es materia: tiempo,
espacio; carne y obra.
Materia sola, inmensa,
jadea y suspira, y late
aquí en la orilla...*

¿En qué orilla...?

Porque «Cumpleaños» (autorretrato sucesivo) acaba con dos versos; éstos:

*¡el alma
completa!*

(Pp. 328-29 *ib.*)

Verdad, sí. El alma del poeta está completa y con su dilatada ventura existencial alcanzó el privilegio, el don o, sencillamente, «la poca fe del hombre incierto» abocó a la plenitud de su ascesis.

Un poeta no son sólo sus versos, realmente. Un poeta es el cumplimiento de muchísimas dotes más, hasta llegar a tener el alma completa. Es la comprensión, la tolerancia, el respeto humano, la bondad, la serenidad, el don de lágrimas y la dicha de la sonrisa. Un poeta es el puente entre las orillas: dos. La de la Tierra y la de Dios.

Creo que Vicente Aleixandre es todo eso. Y sus versos admirables irradian la grave densidad de pensamiento que posibles los hace.

(27) *ib.*

